

The background of the cover is a night scene of a winding asphalt road through a forest. The road curves from the bottom left towards the center. On the right side of the road, there is a rocky embankment. In the distance, a small fire is visible through the trees. The sky is dark blue with a few stars and a bright white moon. The overall mood is mysterious and dramatic.

CUANDO LOS OSOS DESCUBRIERON EL FUEGO

**Terry
Bisson**

Los iconos de un ordenador tienen un lío amoroso escapándose entre tareas; un paleontólogo del siglo XXI asiste a los últimos días de los neandertales; un desgraciado individuo se enamora de un sistema de reconocimiento de voz; clones de un asesino son entregados como propiedad a las familias de las víctimas...

Ingeniosos, subversivos, irónicos, los veinte relatos incluidos en este volumen abarcan varias décadas de creación de una de las voces más personales en la ciencia ficción.

Incluyen *Cuando los osos descubrieron el fuego*, premios Nébula, Hugo, Locus y Theodore Sturgeon, y nominado para el Premio Mundial de Fantasía, y *macs*, premios Locus y Nébula.

Cuando los osos descubrieron el fuego

Iba yo con mi hermano, el predicador, y con mi sobrino, el hijo del predicador, por la I-65, exactamente al norte de Bowling Green, cuando pinchamos. Era un domingo por la noche y volvíamos de ver a nuestra madre en la residencia. En mi coche. A cuento del pinchazo hubo varios gruñidos que podríamos interpretar como «ya te lo decía yo», porque en mi condición de «anticuado» de la familia (según ellos) yo mismo me ocupé de arreglar las llantas, y eso que mi hermano siempre me aconseja que utilice radiales y deje de comprar ruedas viejas.

Pero cuando uno las sabe reparar y montar, se encuentran llantas a muy buen precio.

Como se trataba de la trasera izquierda, me aparté en ese sentido hacia la mediana de hierba. Por los trompicones que dio mi Caddy antes de detenerse, imaginé que la llanta estaba rota.

—Ni me molestó en preguntar si llevas FlatFix en el maletero —dijo Wallace.

—Toma, niño, sostén la linterna —le dije al hijo de Wallace, que tiene esa edad en la que puede echar una mano sin creerse todavía que lo sabe todo. Si alguna vez me caso y tengo hijos, me gustaría que fueran como él.

El maletero de un Caddy antiguo es tan grande que tiene tendencia a llenarse como un trastero. El mío es del 56. Como Wallace llevaba su camisa de los domingos, no me ofreció ayuda cuando me puse a buscar el gato entre las revistas, los aparejos de pesca, la caja de madera de las he-

rramientas, varias prendas viejas, un teclé de cadenas en-
vuelto en un saco de arpillera y un pulverizador contra las
plagas del tabaco. La rueda de repuesto parecía algo floja.

Se apagó la linterna.

—Agítala, niño —dije.

La luz volvió. El gato anterior había desaparecido hacía
mucho, pero llevaba un pequeño gato hidráulico de 250 ki-
los. Lo encontré debajo de una vieja colección de *Vida su-
reña* (1978-1986) de mi madre, que hacía tiempo pensaba
tirar a la basura. Si Wallace no hubiera estado presente, ha-
bría dejado que el niño colocara el gato debajo del eje, pe-
ro como estaba, me arrodillé para hacerlo yo. No sé qué
hay de malo en enseñar a un niño a cambiar una llanta.
Aunque no tengas intención de repararlas y montarlas, se-
guramente te verás obligado a cambiar más de una en tu
vida. La luz volvió a apagarse antes de levantar la rueda del
suelo. Me sorprendió que la noche fuera ya tan oscura. Es-
tábamos a finales de octubre y comenzaba a refrescar.

—Agítala otra vez, niño.

La luz era débil, trémula.

—Con radiales no pincharías —afirmó Wallace con la
voz que emplea para dirigirse al público, en este caso Wa-
llace hijo y yo—. Y si pinchas, le echas un poquito de Fla-
tFix de ese y sigues adelante. Tres dólares noventa y cinco
el bote.

—El tío Bobby lo hace a su cuenta —dijo Wallace hijo,
por lealtad hacia mí, supongo.

—Por su cuenta —corregí con medio cuerpo debajo del
coche. Si de Wallace dependiera, el niño hablaría, por de-
cirlo con palabras de mi madre, como un «ilota de las mon-
tañas». Eso sí, llevaría radiales.

—Agita otra vez la linterna. —Estaba a punto de apa-
garse. Desenrosqué el tapacubos y saqué la rueda. La llan-
ta tenía todo el borde reventado—. Esta ya no tiene arreglo
—comenté. No es que me importara, porque en el granero
tengo un montón de la altura de una persona.

Después de apagarse otra vez, la luz volvió con más fuerza que antes mientras yo ajustaba la llanta de repuesto.

—Mucho mejor —dije.

La iluminación volvía a ser vacilante, una especie de rayo débil y anaranjado, pero al girarme para buscar las tuercas vi con sorpresa que la linterna del niño estaba apagada. La luz procedía de dos osos situados en la línea de árboles, que sostenían sendas antorchas. Eran bastante grandes, de unos 130 kilos; erguidos, medirían un metro setenta. Wallace hijo y su padre, que los habían visto, se quedaron inmóviles. A los osos es mejor no asustarlos.

Pesqué las tuercas y las atornillé. Por lo general, les añado un poco de aceite, pero en ese caso lo dejé estar. Me metí debajo del coche y bajé el gato para quitarlo. Me consoló comprobar que la altura de la rueda era suficiente para continuar camino. Guardé el gato, la llave de tuerca y la rueda pinchada en el maletero, y también el tapacubos, sin molestarme en reponerlo. Inmóviles, los osos no dejaron de sostener las antorchas en ningún momento, quién sabe si por curiosidad o por espíritu servicial. Creo que detrás de los primeros, entre los árboles, había alguno más.

Abrimos las tres portezuelas a la vez, nos metimos en el coche y arrancamos. Wallace fue el primero en hablar.

—Parece que los osos han descubierto el fuego —dijo.

Cuando ingresamos a nuestra madre en la residencia hace casi cuatro años (cuarenta y siete meses), nos dijo a Wallace y a mí que estaba preparada para la muerte.

—No os preocupéis por mí, hijos —musitó, obligándonos a agacharnos para que la enfermera no lo oyera—. He conducido un millón de kilómetros y ya estoy preparada para cruzar a la otra orilla. No tengo intención de quedarme aquí. —Mi madre condujo un autobús de varios distritos escolares agrupados durante treinta y nueve años. Más tarde, cuando se fue Wallace, me habló de su sueño. Había un

grupo de médicos sentados en círculo, analizando su caso. Uno decía:

—Hemos hecho por ella todo lo posible, dejémosla en paz.

Todos abrían las manos y sonreían. Aquel otoño, viendo que no se moría, experimentó una especie de desilusión, pero al llegar la primavera ya lo había olvidado, como suele ocurrirles a los ancianos.

Además de llevar a Wallace padre y a Wallace hijo a visitar a mi madre los domingos por la noche, yo acudía por mi cuenta los martes y los jueves. Por lo general, la encontraba sentada frente al televisor, aunque no lo estuviera mirando. Las enfermeras dejaban el aparato encendido, porque, según ellas, a los viejos les gusta su parpadeo. Tiene efectos calmantes.

—¿Qué es eso que he oído de que los osos han descubierto el fuego? —preguntó el martes.

—Es verdad —dije mientras atusaba sus largos cabellos blancos con el peine de concha que le trajo Wallace de Florida. El lunes había aparecido un artículo en el *Courier-Journal* de Louisville, y el martes por la noche lo dieron en las noticias de la NBC o la CBS. La gente había visto osos por todo el estado y también en Virginia. Habían dejado de hibernar y, al parecer, iban a pasar el invierno en las medianas de las interestatales. En las montañas de Virginia siempre hubo osos, pero aquí, en el oeste de Kentucky, desaparecieron hace casi cien años. Mi madre era todavía una niña cuando mataron al último. La teoría del *Courier-Journal* era que bajaban por la I-65 procedentes de los bosques de Michigan y de Canadá, pero un viejo del condado de Alien (entrevistado en una cadena de cobertura nacional) afirmaba que siempre había quedado alguno en los montes y que ahora que habían descubierto el fuego descendían para unirse a los demás.

—Ya no hibernan —le dije—. Encienden una hoguera y la mantienen todo el invierno.

—¡No me digas! —exclamó mi madre—. ¡A ver qué se les va a ocurrir luego!

Llegó la enfermera a retirarle el tabaco, que era la señal para irse a la cama.

Todos los meses de octubre Wallace hijo se queda conmigo mientras sus padres van de colonias. Comprendo que sueña muy anticuado, pero así es. Mi hermano es pastor (Iglesia de la Recta Vía, Reformada), aunque saca dos terceras partes de sus ingresos del negocio inmobiliario. Elizabeth y él asisten a un Seminario Financiero Cristiano en Carolina del Sur, adonde llega gente de todo el país para venderse cosas los unos a los otros. Lo sé no porque él se haya molestado en explicármelo, sino porque, de madrugada, he visto en la tele los anuncios del Plan de Explotación de Propiedades Rotativas.

El autobús del colegio depositó a Wallace hijo en mi casa el miércoles, el mismo día en que se fueron. Cuando el niño viene conmigo, le basta con preparar una bolsa, porque aquí dispone de su propia habitación. En mi calidad de primogénito de la familia, me aferré a la antigua casa situada cerca de Smiths Grove. Aunque cada día está más ruinoso, a Wallace hijo y a mí no nos importa. En Bowling Green también tiene una habitación, pero como Wallace y Elizabeth se cambian de casa cada tres meses (forma parte del Plan), él guarda su rifle del 22 y sus tebeos, cosas importantes para un niño de su edad, en su habitación de aquí, en el hogar de la familia. La que compartíamos su padre y yo.

Wallace hijo tiene doce años. Me lo encontré sentado en el porche trasero, el que da a la interestatal, al regreso del trabajo. Yo me dedico a asegurar cosechas.

Después de cambiarme, le enseñé dos maneras distintas de domar el talón de una llanta, con un martillo y pasándole el coche por encima marcha atrás. Reparar las llan-

tas a mano es un arte en vías de extinción, como cocinar gachas. Sin embargo, el niño lo captó enseguida.

—Mañana te enseñaré cómo se monta la llanta con un martillo y una palanca de hierro.

—Lo que me gustaría es ver los osos —dijo. Miraba el campo, hacia la I-65, donde las rutas del norte cortan un esquinazo de nuestro terreno. Hay noches en que el tráfico se oye desde la casa como el fragor de una catarata.

—De día no se puede ver el fuego —dije—. Espera a que se haga de noche.

Aquella noche una cadena, no sé si la CBS o la NBC (ya no las distingo), dio un especial sobre los osos, que se habían convertido en noticia de alcance nacional. Se les había visto en Kentucky, West Virginia, Missouri, Illinois (al sur) y naturalmente en Virginia, donde siempre hubo osos. Algunos personajes hablaban incluso de darles caza. Un científico afirmaba que se dirigían a los estados donde no nevaba demasiado y donde las medianas tenían madera suficiente para hacer fuego. Él se había acercado con su videocámara, pero en sus instantáneas solo se apreciaban unas figuras borrosas sentadas alrededor de una hoguera. Otro científico opinaba que los osos llegaban atraídos por las moras de un nuevo seto que solo crecía en las medianas de las interestatales. Sostenía que aquella mora era la primera especie nueva en la historia reciente y que procedía de una mezcla de semillas que se había producido a lo largo de la autopista. Se comió una en la televisión, poniendo una cara muy rara, y la llamó «neomora». Según un ecologista climático, los inviernos cálidos (el último no nevó en Nashville, y en Louisville solo hubo una nevisca) habían cambiado el ciclo de hibernación de los osos, que ya eran capaces de conservar recuerdos de un año para otro.

—Probablemente los osos descubrieron el fuego hace siglos —dijo—, pero luego lo olvidaron.

Otra de las teorías era que lo habían descubierto (o recordado) hace unos años, con motivo del incendio de Yello-

wstone.

Wallace y yo perdimos el interés porque en la televisión más que osos se veía gente que opinaba sobre los osos. Cuando acabamos de fregar los platos de la cena, llevé al niño por la parte trasera de la casa hasta nuestro vallado. Al otro lado de la interestatal, entre los árboles, vimos el resplandor del fuego osuno. Wallace hijo quería volver a casa para coger su rifle del 22 y pegarle un tiro a un oso, pero yo le dije que no estaría bien.

—Además —añadí—, un 22 no haría más que ponerlo rabioso.

—Además —volví a añadir—, está prohibido cazar en las medianas.

Solo hay un truco para montar una llanta a mano una vez que la has introducido en el aro a golpes o por medio de una palanca, que es encajar el talón de la cubierta. Pones el neumático de pie, te sientas encima con las piernas abiertas y botas hasta que hace «pop». El jueves fui a buscar a Wallace al colegio, y ya en casa estuve enseñándoselo hasta que lo aprendió. Luego saltamos nuestro vallado y cruzamos el campo para echar un vistazo a los osos.

Según el *Good Morning America*, en el norte de Virginia los osos mantenían las hogueras todo el día. Pero aquí, al oeste de Kentucky, como todavía hacía calor para estar a finales de octubre, solo se sentaban junto al fuego por las noches. No sé adónde iban ni qué hacían durante el día. A lo mejor se dedicaban a observar desde los nuevos setos de moras cómo Wallace hijo y yo saltábamos las vallas públicas y cruzábamos las rutas del norte. Yo llevaba un hacha, y Wallace hijo su 22, no porque pretendiera matar un oso, sino porque a los niños les gusta llevar un arma. La mediana era una maraña de matojos y enredaderas al pie de los arces, los robles y los sicómoros. Aunque solo se hallaba a unos cien metros de la casa, ni yo ni nadie que co-

nociera había estado nunca allí. Era como un país recién creado. Tomamos un sendero que encontramos en el centro, siguiendo un arroyuelo que fluía lentamente de una rejilla a otra. Los primeros indicios de la presencia de los osos fueron sus huellas en el barro. Percibíamos un olor rancio, no del todo desagradable. En un claro, debajo de una enorme haya hueca, quedaban las cenizas de lo que había sido una hoguera. Había varios troncos amontonados en un círculo más bien irregular, y el olor era mucho más fuerte. Debajo de las cenizas que removí había brasas suficientes para reavivar el fuego, así que las amontané para dejarlo todo como lo había encontrado.

En señal de buena vecindad, corté un poquito de leña y la deposité a un lado.

Cabía la posibilidad de que los osos estuvieran observándonos desde los setos. Quién sabe. Escupí una de las moras nuevas que había probado. Tenía el dulzor de la fruta pasada, como uno imagina que les gusta a los osos.

Por la noche, después de cenar, le propuse a Wallace hijo que me acompañara a ver a mi madre. No me sorprendió que asintiera, porque los niños suelen tener más miramientos de lo que los mayores reconocen. La encontramos sentada en el porche de cemento de la entrada principal, contemplando los automóviles que pasaban por la I-65. Según la enfermera, había estado intranquila todo el día. No me extrañó, porque todos los otoños, con la caída de la hoja, volvía a sentir aquella desazón, aunque quizá habría que decir aquella «esperanza». La conduje a la sala para peinarle el largo cabello blanco.

—Ya no se habla más que de los osos en la televisión — se quejó la enfermera, pasando canales. Cuando se fue, Wallace hijo se hizo con el mando a distancia y vimos un reportaje especial de la CBS o la NBC sobre los incendios intencionados de las casas de varios cazadores virginianos.

Entrevistaron a uno de ellos, con su mujer, cuya casa de 117 500 dólares, en el valle de Shenandoah, había ardido. Ella echaba la culpa a los osos. Él no, pero exigía una compensación del estado, ya que su licencia de caza era legal. El comisario para los asuntos relacionados con la caza declaró que estar en posesión de un permiso de caza no representaba un impedimento («interdicción», creo que fue la palabra) para que *el cazado* devolviera el golpe. Me pareció un punto de vista muy liberal para un comisario estatal. Naturalmente, lo que no tenía era ningún interés en conceder la compensación. Por mi parte, no soy cazador.

—No os molestéis en venir el domingo —le dijo mi madre a Wallace hijo, con un guiño—. Ya he conducido un millón de kilómetros y estoy con una mano en el picaporte.

Yo estaba acostumbrado a oírle decir cosas así, especialmente en otoño, pero me daba miedo que impresionara al niño, que, en efecto, a la salida estaba pensativo. Le pregunté por qué.

—¿Cómo es posible que *habría* conducido un millón de kilómetros? —preguntó. Le dijo que había recorrido 72 kilómetros diarios durante treinta y nueve años, lo cual daba en su calculadora un total de 505 440.

—*Haya* conducido —dije—. Y eran 72 kilómetros por la mañana y otros tantos por la tarde. Luego estaban las excursiones de fútbol. Además la gente mayor exagera un poco.

Mi madre había sido la primera conductora de autobuses escolares del estado. Aparte de su trabajo diario, tuvo que ocuparse de sacar adelante a la familia. Mi padre solo trabajaba el campo.

Por lo general, cogía la interestatal en Smiths Grove, pero aquella noche tomé la dirección de Horse Cave y di la vuelta para que Wallace hijo y yo pudiéramos ver las fogatas de los osos. No había tantas como cabía deducir de las noticias de la televisión... una cada 9 o 10 kilómetros, oculta entre una arboleda o debajo de un saliente rocoso. Pro-

bablemente necesitaban tanto el agua como la madera. Wallace hijo quería que nos detuviéramos, pero está prohibido pararse en una interestatal y yo temía que la policía del estado saliera detrás de nosotros.

En el buzón había una postal de Wallace. Elizabeth y él lo estaban pasando muy bien, con un tiempo maravilloso. Ni una palabra sobre Wallace hijo, aunque al parecer al niño le daba igual. Como a la mayoría de los chicos de su edad, no le gusta hacer viajes con sus padres.

El sábado por la tarde llamaron a mi oficina (Burley Belt Drought & Hail) para decir que mi madre nos había dejado. Yo estaba en la carretera. Trabajo los sábados porque es el único día que encuentro en casa a la mayoría de los agricultores que no se dedican al campo a tiempo completo. El corazón se me detuvo un instante al oír el mensaje, pero solo un instante. Hacía mucho tiempo que lo esperaba.

—Es una bendición —le dije a la enfermera cuando pude hablar con ella por teléfono.

—No lo ha entendido —dijo—. No es que nos haya *dejado*, es que su madre se ha *escapado*.

Había cruzado la puerta que estaba al final del pasillo aprovechando que nadie miraba haciendo palanca con su peine y se había llevado un cobertor que pertenecía a la residencia. ¿Y el tabaco?, pregunté. Desaparecido. Prueba evidente de que era una fuga planeada. Desde Franklin, donde yo me encontraba, tardé menos de una hora en llegar a la residencia de la I-65. La enfermera me contó que últimamente mi madre parecía desorientada. Claro, ellos qué van a decir. Buscamos por todo el recinto, que no pasa de ser una media hectárea desarbolada entre la interestatal y una plantación de soja. Luego se me permitió dejar un mensaje en la oficina del sheriff. Me obligaban a pagar la residencia hasta que la desaparición fuera oficial, lo cual se produciría el lunes.

Cuando regresé a casa ya era de noche. Wallace hijo estaba preparando la cena, una operación consistente en abrir varias latas previamente seleccionadas y unidas con una goma elástica. Le comuniqué que su abuela se había ido, y él asintió:

—Ya nos lo dijo.

Llamé a Florida para dejar el recado. No se podía hacer más. Me senté a ver la televisión, pero no daban nada. Luego salí a la puerta de atrás y vi la luz de las fogatas titilar entre los árboles, al otro lado del carril norte de la I-65; entonces comprendí que sabía dónde buscarla.

Como se había puesto definitivamente frío, cogí la chaqueta. Le dije al niño que se quedara junto al teléfono por si llamaba el sheriff, pero, a mitad de camino, me volví y me lo encontré detrás. Tuve que permitirle que volviera por una chaqueta. Llevaba su 22, así que lo obligué a dejarlo apoyado contra nuestro cercado. A mi edad me resultó más difícil saltar el vallado público en la oscuridad que con la luz del día. Tengo sesenta y un años. La carretera estaba llena de coches que se dirigían al sur y de camiones que se dirigían al norte.

Caminando por el borde me empapé los pantalones en la hierba alta, humedecida por el rocío. Era la típica hierba azul de Kentucky.

Ya en la arboleda, anduvimos los primeros metros en la más absoluta oscuridad. El niño me cogió la mano. De pronto se hizo más claro. Al principio pensé que se trataba de la luna, pero era el relampagueo de las luces largas entre las copas, una especie de luz lunar gracias a la cual Wallace hijo y yo nos abrimos paso entre los matorrales. Enseguida encontramos el sendero, con el ya familiar olor a oso.

No me apetecía acercarme a los osos por la noche. Si nos quedábamos en el sendero, podíamos darnos de bruces con uno en la oscuridad, pero si avanzábamos entre los

matorrales pareceríamos unos intrusos. Empecé a pensar si no habría sido mejor llevar el rifle.

Nos quedamos en el sendero. La luz se filtraba por el dosel del bosque como si fuera lluvia. El camino era fácil, especialmente si nos dejábamos llevar por los pies sin mirar al suelo.

De pronto, entre la arboleda, vislumbré la fogata.

El fuego era sobre todo de sicómoro y de ramas de haya, una madera que produce más humo que luz y calor. Los osos aún no habían aprendido los misterios de la leña, aunque se esmeraban en mantener el fuego. Uno de ellos, muy grande, de un color canela oscuro y con aspecto del norte, utilizaba un palo para atizarlo e iba añadiendo ramitas de un montón que tenía al lado. Los otros se sentaban en un amplio círculo de troncos. La mayor parte eran negros de menor tamaño o melíferos; había una madre con sus cachorros. Algunos tomaban moras de un tapacubos. Mi madre no, no comía, se limitaba a contemplar el fuego sentada entre ellos con el cobertor de la residencia sobre los hombros.

Si los osos nos vieron, no lo demostraron. Me senté junto a mi madre, en un hueco que ella me indicó con unas palmaditas. Uno de los osos se desplazó para que Wallace hijo se sentara al otro lado de ella.

Una vez que te acostumbras, el olor a rancio no resulta tan desagradable; es más bravío que el olor a establo. Me incliné para susurrarle al oído, pero ella negó con la cabeza. *Es una grosería susurrar al lado de unas criaturas que no poseen el don de la palabra*, me comunicó sin necesidad de abrir la boca. Wallace hijo también callaba. Nos quedamos allí sentados, mirando el fuego, tapados con el cobertor que mi madre compartió con nosotros.

El oso grande vigilaba el fuego y rompía las hojas secas sujetándolas por un extremo y pisándolas por el otro, igual que un ser humano. Se daba bastante maña en mantenerlo siempre igual. Había otro que lo atizaba de vez en cuando,

pero en general los demás no hacían nada. Parecía que solo unos cuantos sabían emplear el fuego y que los otros iban detrás de ellos, pero ¿no es así siempre para todo? De cuando en cuando un oso más pequeño entraba en el círculo con una brazada de leña que depositaba en el montón. La madera de la mediana tiene una corteza plateada, como si la hubiera arrastrado una corriente.

Wallace hijo no es un niño impaciente como tantos. Por mi parte, me gustaba estar allí, mirando el fuego. Le cogí a mi madre un poquito de *Red Man*, su tabaco, aunque yo no soy aficionado a mascar. No se diferenciaba mucho de una visita en la residencia, aunque resultaba más interesante por el asunto de los osos. Habría unos ocho o diez. Ni siquiera la fogata era aburrida, porque en su interior se representaban breves dramas en los que se creaban y se destruían distintos espacios ardientes con un estallido de chispas. Se me disparaba la imaginación. Recorrí con la mirada el círculo de los osos, preguntándome qué verían ellos. Algunos tenían los ojos cerrados. Aunque estaban reunidos, parecían espíritus solitarios, como si cada cual se sentara solo delante de su hoguera particular.

Cuando pasaron el tapacubos, todos cogimos unas moras. No sé lo que hizo mi madre, pero yo fingí que me comía la mía. Wallace hijo puso una cara muy rara y la escupió. Cuando le entró sueño, remetí el cobertor para abrigarnos los tres. Empezaba a enfriar y nosotros no teníamos la protección de una piel de oso. Me habría gustado que nos fuéramos a casa, pero mi madre no estaba por la labor. Señaló arriba, a la luz que se filtraba entre las copas de los árboles, y luego a sí misma. ¿Creía que eran los ángeles descendiendo desde lo alto? Era el rayo de luz que proyectaban los faros de algún camión en dirección al sur, pero ella estaba encantada. Le cogí la mano y la sentí enfriarse poco a poco en la mía.